

tiga su mente vacía, para encontrar una materia de sustancia y provecho que le cautive la atención, le merezca el aprecio de una joven que torna su rostro noblemente hácia otro objeto, cuando solo escucha un monton de palabras sin sentido, frases estudiadas y de costumbre, sátiras picantes, chistes, amargos, críticas ruines en que se destroza la reputacion agena, con que se ponen en espectáculo los defectos de otros, con que se hace burla de las personas y de las cosas que mas debieran respetarse? Digámoslo de una vez: ¿qué hombre, especialmente en la mocedad, no toma las maneras, el aire, el gusto, y hasta el estilo de las jóvenes con quienes trata? Si ellas son religiosas y piadosas, el hombre no se avergüenza de ser piadoso y religioso; si ellas son modestas, el hombre es recatado; si ellas son sólidas y circunspectas, el hombre toma un aire noble y digno de su sér; si ellas son instruidas y laboriosas, el hombre se hace estudioso, trabajador y aplicado; si ellas detestan la maledicencia, la maledicencia emudece; si aborrecen la burla y la sátira, la sátira y la burla callan; si crítica y desprecia los vicios, los vicios se esconden y ocultan: finalmente, si aman la virtud, si aprecian el verdadero mérito, si distinguen el patriotismo puro y desinteresado, la virtud ya no se ruboriza, y aparece en la sociedad y en las concurrencias; la instruccion ameniza las conversaciones, recrea las tertulias, y el patriotismo no es una voz sin sentido; se engendra con el amor, crece y robustece con él, y perece solo cuando acaba la existencia.

Entonces la etiqueta no es una fórmula vana; es la espresion de un respeto digno y de un aprecio merecido: entonces el decoro es una valla, un muro que el vicio no puede traspasar sino muy rara y dificilmente: la coquetería entonces es una cosa desconocida, ó distinguida solo por el desprecio general: entonces los enlaces son la obra esclusiva del amor sincero y puro, engendrado por el verdadero mérito: su duracion entonces no depende de los caprichosos accidentes de los tiempos y de la fortuna, de la edad y de sus fugaces hechizos: entonces, por último, los vicios ruborizados, esconden su deforme aspecto, deponen su osadia, y ceden el imperio de las sociedades, á la virtud y al mérito.

No es este el momento de resolver el problema, sobre cuál de los dos sexos ha ocasionado la corrupcion y decadencia de las naciones, que como la república romana, con sus glorias han inmortalizado tambien su degradacion y envilecimiento. Bastante marcamos ya nuestra opinion sobre este punto, en nuestro artículo de 13 del que rige; pero aun cuando esa nuestra opinion sea falible y no pueda ni deba ser decisiva, lo que si no puede disputarse, y lo que basta á nuestro propósito, es, que en todo tiempo las costumbres de las mugeres han influido muy poderosa y eficazmente en las ideas, en los caprichos en las virtudes, y en los vicios de las naciones. Así entre los griegos, en las islas las costumbres eran mas puras que en el continente: Thebas, donde no reinaba sino la simplicidad en los trages y en las costumbres de las mugeres, era mucho mas austera y virtuosa que Corintho, donde el lujo y la vanidad eran el entretenimiento del sexo: si los atenienses elevaron las artes al mas alto grado á que pueblo alguno ha arribado entre las naciones antiguas, es porque las mugeres tenian sus estatuarios y sus pintores, cuyas obras embellecian haciendo aquella mezcla degradante y afrentosa del amor y de la religion que formaban el culto público con todo el encanto de la poesia y de la música: así los griegos á la influencia del sexo, adoraban la belleza en los templos, como dice un escritor; la admiraban en las obras maestras de los artistas; la con-

templaban en los ejercicios y en los juegos ó diversiones públicas; procuraban perfeccionarla en los enlaces, y la ofrecian premios en las fiestas nacionales: la elocuencia que gobernaba á la Grecia era gobernada por el sexo; el mismo Demóstenes, tan terrible á los tiranos, lo fué por la hermosura; y por eso se ha dicho, que lo que él meditaba en un año, una muger lo destruía en un solo día.

Y si de los griegos pasamos á los romanos, ¿quién no confirma la verdad de la proposicion que hemos asentado, al notar el cambio y la decadencia de este pueblo admirable, con el cambio y la decadencia de las costumbres y virtudes domésticas de las mugeres? Ellas fueron austeras y grave, y sin mezcla alguna de corrupcion y de debilidad; y el pueblo romano fué austero y grave durante quinientos años, ignorando los placeres y las artes inútiles, ocupado siempre ó en labrar la tierra, ó en lidiar en el campo de batalla; no dejaba el arado sino para tomar la espada ó la lanza: en esos tiempos las mugeres en el retiro del hogar doméstico, virtuosas, sencillas y modestas, eran esposas castas, madres laboriosas y tiernas, que siempre ocupadas de sus peculiares deberes, ni aun tenían idea de que pudieran encontrarse otros placeres que los que disfrutaban en el seno de sus familias, alimentando á los hijos y educando para la república labradores ó soldados. Sabido es, dice Mr. Thomas, que ningun romano usaba otros vestidos que los hilados por su muger y su hija; y aun Augusto, el dominador del mundo, dió el ejemplo de esta antigua simplicidad. Durante esta época, las mugeres romanas fueron respetadas, como en todos los países donde sus costumbres son sanas: los maridos vencedores volvian á verías, y las estrechaban en sus brazos trasportados de júbilo al retorno de las batallas; presentábanles el botin tomado á los enemigos, y se honraban á sus ojos con las heridas que por ellas y por el Estado habian recibido; frecuentemente venian de mandar y gobernar á reyes; pero en sus casas se gloriaban de obedecer á una muger. En vano las leyes severas daban al hombre en aquel pueblo el derecho de vida y de muerte sobre las mugeres; éstas, mas poderosas que las leyes, gobernaban á sus mismos jueces: la ley previniendo á las necesidades que solo existen entre pueblos corrompidos, permitia el divorcio; pero el divorcio, autorizado por la ley, estaba proscrito por las costumbres.

Pero corrómpense las de las mugeres en ese mismo pueblo, y desde entonces todo en él cambia de aspecto. Entonces, dice el escritor que hemos citado, el vicio no tuvo freno: el furor de los espectáculos hizo de moda una licencia profunda y civil: las mugeres se disputaron á precio de oro un histrion; fijaron su corazon y sus ojos ansiosos sobre el teatro, para devorar los movimientos de un pantomimo: un concierto de flauta engullia patrimonios enteros; la relajacion destruyó la fecundidad; se aprendió á engañar á la naturaleza; el arte horrible de los abortos se perfeccionó; las pasiones siempre renacientes, pudieron saciarse diariamente; y las mugeres, cansadas de todo, disgustadas de todo, multiplicaron en Roma los monstruos de la Asia, no pudiendo leerse sin espanto la conducta que observaban con sus esclavos, para satisfacer los nuevos caprichos de una imaginacion cansada y relajada á fuerza de placeres. Y entonces los vicios fueron en Roma mas poderosos que las leyes: ya no se pensó en conservar las costumbres, sino en castigar los crímenes, cuyo número y naturaleza fué alguna vez tal; que espantando á los tribunales, fué necesario, por decirlo así, que la ley emudeciese y se cubriese con un velo, por-

que el descubrimiento de los culpables era tan degradante como peligroso (*).

Si los límites en que debemos contenernos no nos lo impidieran, veriamos confirmada nuestra observacion en los sucesos de tiempos mas modernos. Veriamos á la muger abrazando el cristianismo, arrastrar tras de sí, con su valor en los combates, con la austeridad de sus costumbres, con la dulzura de su caridad, pueblos enteros, salidos de las tinieblas de la antigua filosofia y de las voluptuosidades del paganismo, á marcar su frente con el signo de la cruz para en seguida espirar en ella entre crueles tormentos. Veriamosla en la irrupcion de los bárbaros fundar é introducir la galantería que todavía impera en las naciones civilizadas, y que engendró aquel espíritu de caballería del siglo X, y por el que, perfeccionado despues, todo lo emprendia el hombre, todo lo afrontaba, hasta la conquista de las mas remotas regiones, por su Dios y por su dama, siendo cada caballero un héroe. Veriamosla, templado y depuesto el espíritu guerrero con que animó al hombre, devastar su fiereza, inclinandolo á las letras y á las artes que ella tomó bajo su proteccion: el conocimiento de todos los idiomas, la elocuencia, la poesia, el derecho, las matemáticas, la teología misma, fueron objetos á que se consagró y en que brillaron con tanto esplendor, la memoria, el ingenio y el espíritu femeníl. Veriamos, pues, imperando en todos los siglos y en todas las naciones, el genio y el espíritu que la muger ha abrigado, especialmente en la edad y en el estado en que su belleza y atractivos son tan ciertos como inexplicables; es decir, en el de su primavera ó juventud.

La explicacion de ese fenómeno podremos encontrarla en la observacion justa, á nuestro parecer, que hace un célebre escritor. "En la sociedad, dice, las mugeres ocupadas sin cesar en observar, por el doble interés de estender y conservar su imperio, deben conocer perfectamente á los hombres. Ellas deben desenvolver todos los pliegues del amor propio, las debilidades secretas, la falsa modestia y la falsa grandeza; lo que un hombre es y lo que quisiera ser; las cualidades que descubre por el esfuerzo mismo que hace por ocultarlas; sus afectos ó estimacion, marcada hasta en sus sátiras y por sus sátiras mismas. Ellas deben conocer y distinguir los caracteres; el orgullo tranquilo, del orgullo impetuoso y ardiente que se irrita; la sensibilidad vana, la sensibilidad tierna, la sensibilidad abrasadora bajo un exterior frio ó indiferente; la ligereza de pretension, de aquella que nace en el alma; la desconfianza que procede del carácter, de aquella que es hija de la maldad y del desarreglo; en fin, todos los sentimientos y todas sus imperfecciones. Como ellas tienen á la opinion en la mas grande estima, deben reflexionar mucho mejor sobre lo que la hace nacer, la destruye ó la confirma: deben saber el modo de dirigirla sin aparentar que se ocupan en ello; cómo puede producirse la ilusion sobre esta arte misma, una vez descubierta; cuál es el valor que les merecen todos aquellos con quienes viven, y hasta qué punto pueden usarla para gobernarlos. En los negocios conocen los grandes efectos que pequeñas pasiones producen; poseen el arte de imponer á unos, haciendo ver que los conocen; de alejar á otros, mostrándose distantes aún de imaginar les sean sospechosos: saben encajenar con clogios merecidos, y saben avergonzar con elogios inmerecidos. Estos conocimientos son tan finos, que sirven á las mugeres de resortes para conducir á los hombres: la sociedad es para ellas un clave, cuyos tonos conocen, y muy de

antemano están al alcance del son que cada uno debe producir.

Lo dicho, pues, persuade la necesidad de la buena educacion de las mugeres, que es el objeto que nos hemos propuesto al recorrer los diversos estados de su vida, y al demostrar la influencia que en todos ellos ha ejercido y debe ejercer en la felicidad de las naciones, especialmente en el de su juventud.

Parte Religiosa.

LA VIDA PRESENTE.

Veo en la serie de los siglos aquel primer instante en que nace el hombre, y aquel en que muere; sin saber ni cómo ni por qué, vivimos hoy, y ya mañana no somos. Dios solo, cuyos secretos son inescrutables, determina el tiempo de nuestra existencia y la duracion de nuestros dias, á gusto suyo. Asigna á unos treinta años, á otros ochenta; y ademas de esto, miserias y dolorés. Al principio no parecemos nosotros mas que un punto en el vientre de nuestras madres, hasta que llegando á nacer, lloramos nuestras propias desdichas, y ofrecemos al universo el retrato de la esclavitud y del pecado. Si las amas nos dan el pecho, y los criados cuidan de nuestra conversacion, no es mas que para manifestar nuestra debilidad é impotencia. Todo se resiste y resuena de nuestras miserias y gritos, mientras insensiblemente llegamos al uso de la razon, para entrar en un nuevo aprendizaje de males y pesadumbres. Nuestra voluntad, perpetuamente contrarrestada por maestros; nuestra memoria, siempre sobrecargada de sentencias y palabras; nuestro cuerpo, incesantemente espuesto al rigor de los castigos, hacen nuestros primeros años tan tristes como vergonzosos. Esto es tan cierto, que á pesar del gusto que tendríamos en rejuvenecer, no querríamos comprarlo á precio de volver á reiterar camino tan penoso.

A continuacion de estas miserias se anuncia la juventud como una rosa que va á romper el boton; pero cuántas espinas le rodean. Tiembla uno al pensar en las pasiones de que se vió entonces asaltado. Nuestra cabeza, semejante á una colmena susurrante, no nos permite oír el idioma de la razon: nuestro corazon, cuál era capaz de recibir todo género de impresiones, se endurece y liquida segun la sangre está agitada; y nuestra alma, como una esclava, se sujeta á todas nuestras sensaciones. Las ciencias no parecen se presentan sino para ecliarlos en cara nuestra ignorancia y para tiranizarlos. Efectivamente, solo á esfuerzos de paciencia y sudores, consigue un joven desenvolver algunas verdades. ¿Cuántas lecciones, rasgos de pluma y reprensiones antes de aprender algunos principios de moral ó física! El estudio no mas de las lenguas desmaya y desespera.

Continuemos para acabar un retrato que todavía está en bosquejo, y manifestemos el tiempo de la adolescencia ó manebria, en el que combaten los deseos con la prudencia, y en el que las pasiones hierven con toda su fuerza. Aquí el amor turba el cerebro; allí la soberbia corrompe el espíritu; aquí el juego arruina; allí la desatemplanza estenua. Podria decirse que todo conspira á la ruina de la juventud; así como en una tempestad, las nubes, los relámpagos, la lluvia, los vientos y los truenos, parece se juntan para desarraigar una flor recién nacida; si se resiste á la cólera, se rinde á la pereza; si se libra de los vicios, se da á las ridiculeces. Siempre mas allá del tiempo presente, y siempre en otra parte diversa de donde se halla, se pasan los primeros años en medio de un torbellino que nos quita la vista de nosotros mismos, y de nuestros deberes.

¿Qué prodigio si algunos rasgos de grandeza de alma se descubren al través del caos de las pasiones! Los jóvenes no hacen, digámoslo así, bien alguno, sino por distraccion. La ligereza de las ideas, la vehemencia de los deseos, el hervor de los humores desordenan toda su persona. Solo carreras, bailes, juegos y comedias, son los que los ocupan; la verdad les parece un enemigo, la ciencia un peso grave, y el estudio un cruel tirano. Se temen los padres, se aborrecen los maestros, se atormenta á los criados, y cada uno se hace castigo de sí mismo, así como lo es de los otros. Solo una feliz educacion podría reprimir estos desgraciados ímpetus;

(*) Cuando Severo Séptimo subió al trono, encontró tres mil acusaciones de adulterio, inscritas en la lista de procesos. Vióse obligado á renunciar á su proyecto de reformas.